

COSICAS BATURRAS

(Chascarrillos y cuentos)



—¿Qué ti paice, mañico?

—¿Lo que son las mujeres! ¡No tienen pa comprase vestidos y se gastan los cuartos en fotrogafias!

Cuaderno 4

20 cts.

T. 827863 (V. 4)

FOTO-F-199

R. 139526

CB. 3621122

COSICAS BATURRAS

(CHISTES Y CUENTOS)

EL MILAGRO DEL SANTO

Salía de Fuentes de Ebro el tío Telesforo, montado en su borrico, en dirección a Zaragoza y tropezó con el señor cura que regresaba de su acostumbrado paseo por la carretera, al que saludó respetuosamente, y le dijo:

—¿Se ofrece a su mercé algo pá Zaragoza?

—¡Hola! ¿Con que a Zaragoza? ¿Bien, Telesforo, bien! Pues mira, toma este duro y cómprame la vida de San Caprasio.

—¡Rediez, qué nombre más raro!

—¡Oh! ¡Es un Santo muy milagroso!

—Güeno, pues si no selo ofrece más, diquíá mañana que golveremos, yo y el burro con la vida del Santo.

—Nada más, Telesforo, que lleves buen viaje, y no te olvides de visitar a la Virgen del Pilar.

—¡Rediecia! Paice mentira, Mosén Cerilo, camí miaga usté esas alvirtencias, cuando quió más a la Pilarica quiá mi madre, mucho más quiá mi mujer y remucho más quiá mi hermana, y eso que las tres se llaman Pilares.

Emprendió su viaje y apenas llegó a Zaragoza, dejó el burro en la posada y fué a visitar a la Virgen del Pilar; a la salida, compró la vida del Santo, que guardó muy cuidadosamente en el bolsillo interior del chaleco.

Pasó el día alegremente y al amanecer emprendió su viaje de regreso; a la media hora de haber cruzado por El Burgo y en un recodo que forma la carretera, de pronto, se le presentó un bandido muy mal carado y echándose la escopeta a la cara, le dijo:

—¡Alto! ¡La bolsa o la vida!

—¡Hombre! Prefiero darte la vida, y levóse rápidamente la mano al bolsillo interior, para darle la vida del Santo que había comprado.

El ladrón creyó que iba a sacar la pistola y huyó precipitadamente, dejando estupefacto y asombrado al tío Telesforo, que exclamó:

—¡Rediez! Tié mucha razón el señor cura, qués mu milagroso San Caprasio. Si no por él, me roban la vida y los siete reales que mian quedáu.

¡CLARO QUE SE PUEDE!

Por el Puente de Piedra, regresaban varios jóvenes artesanos que habían pasado el día de campo, en la Arboleda. Sigüieron por la ribera, y al llegar a la iglesia del Pilar, le ocurrió a uno de ellos hacer aguas menores, sin

tener en cuenta la orden escrita en la fachada, que lo prohíbe. Todos le imitaron, y cuando ya habían terminado, apareció un guardia municipal de a caballo, que, dirigiéndose a los jóvenes en tono algún tanto descompuesto, les dijo:

—¿No saben ustedes que aquí no se puede mear?

Soltaron una estrepitosa carcajada, y uno de ellos exclamó:

—Señor municipal, ¡plancha! ¡Pues no dice que no se puede mear y hemos meau' todos!

¡A COMER, A COMER!

¡Chico, qué juada!—exclamaba en el fondo del vagón, el tío Juan que regresaba de las fiestas de Alagón.

¡Míá que perder la merienda y rompésemela bota y escapase gota a gota to el vinico de Cosuenda!

No se pué salir de casa, ¡mal empleadas costillas y aquel par de dorasnillas que me puso la Tomasa!

Buenos morros habrá puesto el que se l' haiga encontrao.

¡Rediós! ¿Ande habré dejao lo que llevaba en el cesto?

Pero, en fin, ¿cómo ha de ser? en la primera estación habrá cantina u figón y allí podremos comer.

Total, que las estaciones, tristes las vieron pasar, pues no pudieron bajar a comer en los figones; porque el mozo del andón con voz muy recia gritaba: ¡¡un minuto!! y... arrancaba echando chispas el tren.

El tío Juan, aborrecido, y con un hambre canina dijo: —En la primera cantina bajo; ¡asunto concluído!

Acómate aquí, Ramón, y tú que sabes leer, ahora mismo vas a ver el nombre de la estación.—

El mancebo se asomó de pronto a la ventanilla; vió pasar una casilla

con un rótulo, y leyó:

—¿Qué estación es ésta, chico?

—¡Retrete!

—Pues, hala, vamos!

¡De aquí sí que no pasamos sin echar un bocadico!

NO MENTIR



—Mira, Pascasio, ya te hi dicho que no me gusta que mientas. Una, porque no es güeno, y otra porque es pecau, según predica el señor cura. Asina que mas de icir que no lo harás más.

—Sí, señor, no lo golveré a hacer más.

—Güeno, y ahora sal al portalico a ver quién llama, y si es el cobrardor de la contrebución, dile que no estoy, que me hi ido antiyer a Zaragoza.

UN PECADO AROMATICO

Fué a confesarse por primera vez el hijo del tío Melenas, y el confesor, después de haberle preguntado las faltas que había cometido en los diez mandamientos, le dijo:

—¿Tienes, hijo mío, algún pecado más que confesar?

—Sí, padre—contestó el chico muy compungido; tengo uno que me da mucha vergüenza decírselo a su mercé.

—Vamos, hombre; no tengas reparo alguno y dílo al momento.

—Pues... misté, padre; hace unos días estaba jugando en la puerta de la iglesia con otros chicos, y al salir usted se me escapó un pedico y dije: —Pa Mosén Remundo, que pasa por ahí.

—Te perdono, y otra vez se lo mandas al demonio, dijo el confesor sonriendo.

DE POCO VINO

Predicaba en un pueblo de Aragón el párroco de la iglesia y servíale de tema los vicios y pecados de sus feligreses.

—Sois tantos los pecadores—decía desde el púlpito—,

que si yo echase desde aquí un papel de fumar, con seguridad se detendría sobre la cabeza de algún condenado.

Y diciendo y haciendo, sacó el librito, arrancó una hoja, la echó al aire y empezó a descender el papelito dando vaivenes.

Se fijó un baturro de que la hoja iba derecha a su cogote y cuando estuvo a tiro, la envolvió de un soplo al otro lado de la iglesia, diciendo:

—¡Rediós! Si no soplo me condeno.

¡BUENA TRETA!

El tío Calzorrillas, de Alcañiz, fué a Zaragoza para cumplir la promesa que hizo a la Virgen del Pilar, por haberle librado (según él) de la muerte en la pulmonía que aún se hallaba convaleciendo.

Llegó en el tren de la mañana, compró una vela y se dirigió al templo para colocarla en la verja de la santa capilla, lo cual hizo con la mayor fe y reverencia.

Después de oír misa, marchó hacia el Nuevo Mercado, dirigiéndose por la calle de Prudencia; al pasar por la peluquería establecida en ésta, recordó la falta que le hacía cortarse el pelo y entró en ella saludando al estilo de su pueblo, lo que provocó la hilaridad de los dependientes y en particular del llamado Mateo, que era un guasón de primera, el cual le indicó el sillón para sentarse y le preguntó: —¿Qué desea?

El alcañizano, que tenía muy poco de tonto, se apercibió de las risitas impertinentes y contestó secamente:

—Pues quiero, que me cuerte el pelo.

Como permanecía con la gorra puesta, quiso el dependiente quitársela, pero llevándose rápidamente la mano a la cabeza le dijo con la mayor naturalidad:

—Maestro, ¿no podría cuertarme el pelo sin descubrirme?

Mateo no supo qué contestar, pues comprendió la puya del forastero, pero al fijarse en los pies, vió la falta de calcetines y se apresuró a decirle:

—Perece mentira, amigo, que con esos calcetines que lleva se haya constipado, porque deben ser de abrigo y mucha duración.

—Diabrigo, no mucho; pero de duración... miusté, los calzoncillos que son de la misma tela, los llevo ende que nací y no tienen más que un augerico atrás; toque usté, señor maestro, toque usté.

—¡Un demonio!—contestó Mateo.

UN BATURRO RAZONABLE

Un viernes de Dolores predicaba en la iglesia de San Pablo el Padre Matas, y llegado el momento en que la Virgen cierra los brazos, impresionó de tal manera al auditorio, que hombres, mujeres y niños lloraban que era un portento; sólo un individuo se veía permanecer impassible ante los clamores del llanto general.

Una señora que se hallaba a su lado y observó su impassibilidad, le dijo:

—Parece mentira que no lllore usted.

—¡Otra que rediela!—contestó—. ¿Cómo quiusté que lllore, si no soy desta parroquia? Que predique en la Malena, y la primer agua que caiga será la de mis ojos.

SUCEDIDO



—¿No te da vergüenza holgazanear de ese modo cuando todo el mundo está trabajando? Eres indigno de disfrutar del sol que nos alumbra.

—Pus miusté, señor, por eso mesmo m'hi acostau a la sombra.

UN BUEN EJEMPLO

En la villa de Calanda tuvo lugar una colisión entre dos rondas de mozos, de la que resultó un muerto y un herido. Llegó el alcalde y al enterarse del suceso, examinó al muerto y al observar los fuertes quejidos que exhalaba el herido, le preguntó:

—¿Qué tienes tú que tanta bulla metes?

—Un brazo roto.

—¡Rediós! ¿Y por un brazo todo berreas tanto? Más tiene éste que esta muerto y no alienta palabra. Conque, a ver si te callas.

LA CERRADURA TAPADA

El perro Paco llamaban en Alcorisa al tío Perico el barbero por su costumbre de ir siempre recorriendo todos los sitios públicos y privados, donde pudiera adquirir noticias tanto de la localidad como de fuera. Por las noches, era siempre de los últimos que se retiraban a descansar y esta fué la causa de que un vecino de buen humor tuvo la ocurrencia una noche de taponarle con barro la cerradura de la puerta de la calle.

Regresó el tío Perico a su casa y al querer introducir la llave en la cerradura, no pudo encontrar el agujero y cansado de buscar, todo enfurecido, exclamó:

—¡Rediós! Paice mentira que haiga gentes de tan malas intenciones. Si pillara al reladrón que ha sido de un pedruscazo le cuertaba los alientos pa toda su vida.

El vecino que le estaba observando le preguntó:

—¿Qué le pasa tío Perico?

—Que quiés que me pase: Que se man llevau el aujero de la llavera y no puedo entrar en casa.

UN BATURRO APURADO

Montado en su borriquillo marchaba el tío Tres Patas, de Pina, cuando le sorprendió una fuerte tormenta que en medio de grandes truenos y relámpagos, empezó a despedir una cantidad de piedra más que regular. Por muchos palos que le daba al burro, no conseguía hacerle andar y esto llegó a desesperarle.

De pronto y como el que hace un supremo esfuerzo, le sacudió al pobre asno un tremendo garrotazo, pronunciando al mismo tiempo un execrable juramento, pero nada consiguió: la piedra caía con más fuerza y como para desahogarse miró al cielo y exclamó:

—¡Echa! ¡Echa! ¡Re... critina! ¡Lástima de pelresía en el brazo!

DOS ATEOS

Dos baturros muy amigos y separados durante largo tiempo, encontrárense al fin en un viernes de cuaresma y decidieron celebrar su encuentro entrando en una cantina y pidiendo al dueño una tortilla de jamón.

Al más timorato de los amigos no le parecía muy bien aquello de comer jamón en un día de vigilia, pero no era cosa de disputar en ocasión tan solemne, y uno y otro sentáronse a la mesa sin acordarse más del precepto cristiano. Cuando empezaban a comer desencadenóse una tormenta furiosa, caía el agua a cántaros, menudeaban las exhalaciones y así sucedían los truenos que era la bendición de Dios.

Creyeron los baturros que aquello era un castigo a su incontinencia, y levantándose uno de ellos arrojó el plato por la ventana, exclamando de muy mal humor:

—¡Rediós! Cuanto alboroto por una miserable tortilla.

LA LUNA EN EL POZO

Un aragonés, que por lo visto no había inventado la pólvora, salió de su casa una noche de luna, entró en su corral, se asomó al pozo, y viendo reflejarse en las aguas del fondo el astro de la noche, exclamó consternado y lleno de angustia:

—Rediez, la luna se ha caído al pozo.

Púsose a meditar y añadió luego tomando una resolución heroica:

—Es menester sacarle de ahí, cueste lo que cueste.

En efecto, arrojó el pozal, echó la sogá sin tiento, y

cuando calculó que el recipiente salvador había llegado al fondo, empezó a tirar hacia sí:

—¡Que si quieres! La sogá al ascender se había enganchado en un clavo y la polea no giraba por más fuerzas que hacía nuestro hombre. —¡Cómo pesa la luna!—decía éste, tirando con toda su alma y sudando gotas como puños.

Tales esfuerzos hizo, que al fin se rompió la sogá, cayó de espaldas el baturro y al ver la luna en el cielo, exclamó completamente tranquilizado, aunque dolorido por el golpe:

—Mucho trabajo me ha costado, rediez; pero la he subido.

POR ALGO SIRVIO



Entró un baturro en una posada y dirigiéndose al posadero, le preguntó:

—¿Estará seguro el paraguas si le dejo arrimau a la pared?

—Mi paice que sí.

—Por si acaso güeno será ponele un letrerico.

Y escribió esto:

“El amo de este paraguas es tan bruto que de un puñetazo mata un güey.”

Fué el baturro a cenar y al volver vió que había desaparecido el paraguas.

—¡Otra qui Dios! ¿Pus no s'han llevau el paraguas? ¿De qué ha sirvió el letrero?

—¡Toma!—contestó el posadero—. Pa que se fijaran mejor en él.

JUSTA VENGANZA

Un baturro sorprende a su esposa en íntimo coloquio con otro individuo y se indigna, como cualquiera se indignaría en su lugar.

Como es un hombre muy vengativo, se dirige al seductor que ha empezado a encomendarse a todos los santos, y lo coge por un brazo.

—Mañico—dice el amante—, mira que tóo ha sido una groma.

—Pus no te escapas—exclama el ofendido esposo—. Ahura mismo voy a contárselo a tu mujer.

ASI VA ELLO

Llega un baturro a Barcelona y al contemplar la inmensidad del mar, exclama con indignación:

—¡Rediez! ¡Y luego nos quejamos de falta de trigo! ¡Pus si tóo este terreno lo dejaran seco, no digo yo las fanegas de grano que podrían sembrarse en él!

UN HOMBRE MUERTO



Un baturro se encuentra en la cuneta de un camino el cadáver de un hombre, y dirigiéndose al pueblo se presenta en el puesto de la guardia civil para dar parte del hallazgo.

—¿Tiene alguna seña particular?—pregunta el sargento.

—Sí, señor; que al paicer está muerto.

UN CHICO CALLADICO

El tío Bernabé, un punto filipino de La Puebla de Híjar, quería buscar una colocación a su hijo Miguelico y, por indicación de un vecino, cogió un día las alforjas y en compañía del chico se fué a la estación del ferrocarril, tomó dos billetes de tercera para Zaragoza y allá se fueron.

Una vez en la inmortal ciudad, se dirigieron a la casa del señor de que les había hablado el vecino de la Puebla; mucho trabajo les dió el encontrar la casa, pero al fin dieron con ella y subieron al piso principal.

—Güenos días. ¿Es aquí donde vive don Antolín Pe-láez?

—Sí, señor; pasen ustedes.

La doméstica les guió hasta la puerta del despacho.

—¿Se pué pasar?—preguntó el tío Bernabé.

—Adelante.

—Muy güenos días tenga usted.

—Y ustedes también.

—Aquí venimos porque el tío Royo, que es de nuestro pueblo, nos dijo que no dejáramos de venir a verlo a usted.

—No tengo el gusto de conocerle...

—Pus él me dijo que lo conocía a usted mucho.

—Pues yo, por más que pienso, no recuerdo...

—Si a la juerza tié usted que conocelo porque fué novio de una ama de cría que tuvo un primo carnal de usted. Estuvo ayer en casa y nos dijo que el número de esta casa era el quince duplicau.

—Efectivamente.

—Pus bien; hace ya más de hora y media que himos llegau a Zargaoza y sin hacel otra cosa que buscal la casa, no la himos podido encontral hasta de ahora porque se nos había olvidau el número y aluego, cuando este pequeño ha recordau que era el quince duplicau, himos echau la cuenta y nos himos ido al treinta.

—Hombre, no parece tonto el chico.

—Güeno, pus aquí le traigo un pollico...

—Mil gracias, se lo agradezco a usted mucho, pero...

—Quiá, si no es pa estame agradecido, si esto no vale nada.

—De todos modos...

—Miusté: si no se lo hubiá traído pué ser que se hubiá morido en el corral u en la cuadra cualsisquier día, porque no pasa día sin que se mueran de asco dos u tres. Por cuestión de economías los vamos regalando tóos poquico a poco; pero éste es güeno.

—Así lo parece.

—Pa usted y pa la señorita.

—Muchas gracias... Y, ¿a qué obedece esta visita?

—Pus miusté, vengo porque Miguelico, este pequeño, que es mi hijo, hace ya siete u ocho meses que está sin colocación, porque estaba sirviendo a un señor muy rico que se ha ido a viajar y, como usted pué comprendel, el proheico no está bien así, sin trebajal y haciendo el mainate. Hace sais u siete días que vino a casa el tío Royo y, hablando, me dijo que conocía mucho a usted; y me dije: la verdá es que siendo como ice que es abogau, ese señor, bien podría sucedel que nesecitase un criau, y dicho y hecho; sin asperal a más m'hi vinido de La Puebla a vel si usted lo quíe empleal.

—Hombre sí; han llegado ustedes en buena ocasión, porque precisamente despedí ayer al que tenía. Era chismoso y muy hablador; hace unos días cometió una feita que me desagradó mucho y en fin... que de ningún modo me convenía.

—Pus miusté, don Antolín, no porque yo lo diga, pues aunque no fuera su padre también lo diría: Miguelico es un infeliz incapaz de faltale a naide y en cuarto a habla! poquicas veces habla, pus hay que sacále cuasi siempre las palabras a tirones; él será torpe, pero lustrao, algo bruto, tóo lo que usted quiera, don Antolín, pero lo que es a calladico me lo apuesto con cualsisquiera; yo le aseguro a usted que, gracias a Dios, lo que es por eso no se pod'á usted quejar; ya verá como si usted no le manda que hable, es capaz de estase sin habla! lo menos un año u dos.

—Pues, nada, si como usted me asegura, tan callado es,

me agradan sus condiciones. Pues lo que es yo nunca he podido aguantar a los criados respondones.

—Yo le juro a usted que lo que es con Miguelico no se ha de enfadar usted en jamás.

—Crriente. Pues me lo quedo.

—Don Antolín, no pué usted fe gurarse lo que yo se lo agradezco.



—Pues mañana mismo, si quiere, puede venir.

—Está bien, mañana mismo lo traeré. Pero quisía oí-dile a usted otro favor, don Antolín...

—Diga usted, hombre.

—Pus que si no fié usted reparo m'anticipe unos dineros; porque, hablando claro y pronto, vamos toos los de casa casi en cueros, y Miguelico y yo llevamos las chaquetas hechas todas piezas y...

—Bueno, está bien. Ahí tiene usted un billete de veinticinco pesetas.

—¿Quié usted que le firme un recibo?

—No, hombre, no hace falta; ya se acordarán ustedes de ello.

Don Antolín abrió un cajón, sacó un billete y se lo entregó al chico. Fuéronse padre e hijo, quienes al día siguiente volvían a casa del abogado.

—Muy güenos días tenga usted, don Antolín.

—¡Ah, son ustedes! Gracias a Dios. ¡Dementre!... Ya estaba impaciente pensando mal de los dos.

—¿Pensando mal? ¿Y por qué? Cuando uno da su palabra y se compromete a una cosa, pus se cumple.

—No; es que ayer, al dar a usted el billete, sufrí una equivocación y, en vez de entregarles uno de veinticinco pesetas, se conoce que no me fijé bien al buscar en el cajón y saqué uno de cien, que es el que les dí. Fijese usted, si no lo ha visto ya, y verá como es así...

—¿Yo? ¿pa qué he de fijáme? El chico, la verdad, ya vió que se equivocaba usted. ¡No le pilló descuidado, no! ¡Poco vivo que es!

—Pues hombre me gusta la tranquilidad; ¡ya podía habérmelo advertido!

—Ya verá usted, don Antolín, como el chico es tan callao, no lo quería icir...

LO MAS BARATO CONVIENE

Un estudiante revuelve libros viejos en un puesto de feria.

—¿Qué busca usted?—le pregunta el librero.

—Un diccionario alemán que he visto esta mañana.

—Lo acabo e vender. Pero llévase usted ese otro, francés, que es lo mismo.

—¡Cómo ha de ser lo mismo!

—Sí, hombre, sí; el uno y el otro son extranjeros.

—Pues no me conviene este.

—¡No le ha de convenir a usted éste, si es dos pesetas más barato!

EL RELOJ QUE ATRASA

—Tío Antonio; mañanica al romper el día tengo que seguir el camino pa Huesca.

—¿Y qué, Juan?

—Qui es minister que me busgas despertar a esa hora.

—Descudia. Tengo un gallo en el corral que en cuantico que ve la primera claror ya canta.

—Güeno, güeno, en tú y en el gallo confío.

El día siguiente amaneció muy nublado y el gallo del tío Antonio no dió al aire su canto hasta dos horas después de costumbre.

—Me paice que el gallo se ha dormío hoy—se dijo el tío Juan, levantándose a toda prisa.

Pronto se convenció de que se había atrasado en dos horas. Aparejó el macho, cogió el gallo, retorcióle el pescuezo, lo colgó del arzón y emprendió su viaje a Logroño.



—Ya llevaba andado un buen trozo del camino, cuando se encontró con un amigo.

—¡Hola chiquio! ¿Onde vas?

—A Huesca.

—Y qué gallo más majo que has mercao.

—Taquivocas. Esto que ves no es un gallo, es el reloj del tío Antonio, el posadero, que me lo ha dao pa que se lo arreglen en Logroño, porque satrasa.

EN UNA TIENDA

—Tío Perico, déjeme que suene en esa piedra este billete del Banco.

—Pero maño, ¿qué vas a hacer? ¿Cómo qués que suene eso?

—Claro que sí.

—¡Otra! ¿Pero no es esa piedrecita pa sonar las monedas?

—Claro que sí.

—Pus entonces, esto sonará. ¿No ve usted que es papel moneda?

DESPUES DE LA SESION

En el salón de conferencias del Congreso, el tío Melida entra a saludar al diputado elegido en su pueblo y le dice:

—Guena pena que me dan ustés los deputaos, porque con tanto hablar deben ustés gastar mucha saliva.

—Mucha.

—Yo también hi gastau bastante en once años.

—¿Ha sido usted orador?

—No, señor, no. Hi sido limpiabotas y escupía pa dar lustre.

UN DIA ES UN DIA

Salió una procesión de una ermita y mientras recorrió el campo, cantó salmos el sacerdote.

Cuando ya regresaba, díjole un feligrés a otro:

—¿No te pa a tú que le digamos al cura que nos cante ahora una jota? Porque el probecito ya debe estar cansao de cantar en gringo toa la tarde, y miá tú que pa lo que le entendemos...

POR UN PUNTO UNA PETACA

En el casino se comenta la nota del día, o sea que el boticario ha celebrado sus bodas de plata con todo el aparato que las circunstancias requieren.

—Ya es suerte—dice uno—poder icir que se vive veinticinco años con una misma mujer.

—A este paso—observa otro—también celebrarán las bodas de oro.

—No lo creas, porque el boticario tiene una pata aquí y otra en el cementerio.

—Pus yo estuve a pique de celebrar mis bodas de oro, pero tuve la esgracia de perder a mi difunta.

—¿Hace mucho tiempo que murió?

—Ya va pa cuarenta y ocho años.

CONTROVERSIA

Aquella sesión sin presidencia ni quién refrendase las lenguas, ni quien pusiese coto a los votos, ni quien contuviese las carcajadas, el aboroto, la zambra, las palmadas y las palabrotas que a guisa de chistes soeces se proferían

a granel, quedó tan grabada en mi mente, que la recuerdo como si ahora mismo desmontase del maldito vagón.

Digo del vagón, porque en uno de tercera del ferrocarril del Norte tuvo lugar la escena ante diez o doce pasajeros más de los que reglamentariamente debían haberse almacenado, como es costumbre inventerada en aquella y otras vías españolas.

✱

Dos eran los deliberantes, y los dos de lo más palurdo que atesoran los breñales catalanes y los agrestes campos de Aragón.

Algunos chuscos, tomándolos (a los contendientes), por blanco de sus chacotas, habían procurado hábilmente azuzar a uno contra el otro, tocándoles la cuestión de amor a la tierra, y a fe que no les costó mucho trabajo enzarzarlos, caldeando la discusión de un modo increíble.

—Pero si usted no ha estado *may a Barcelona*, ¿cómo puede *desir* que es mejor *Saragosa*?—gritaba fuera de sí el catalán.

—¡Toma! ¿Conque no lo puede *icir*?

—Lo puede usted *desir*, sí señor pero no lo puede usted *desir* con *rasón*.

—Pero puede ser de oídas, que es lo mismo.

—¡Bien! ¡Muy bien!—gritaban a coro los viajeros, echando leña al fuego.

—¡Oh! ¡por *uidas* por *uidas*!—replicaba el payés, cuya cara había tomado el color del vinagre—es que las *uidas* a *veses* *mas* engañan.

—A mí no me engaña *naide*, porque aunque voy vestido de lana, no soy borrego, ¿oye usted? Y ha de saber usted que aquí *onde* me ve, soy hombre...

—Lo *suposo*.

—Déjeme usted acabar; quiero *icir* que soy hombre que *hestau* más de cinco veces en Zaragoza, y en Calatayud, y en Tarazona, y en Caspe, y... y en todo el mundo, porque después de correr estas *zaidades*, ¿qué le queda a uno que ver?

—Barcelona, su *enchanche*, su...

—¡Bah! como si lo hubiese visto.—¿No ve usted hombre, que Zaragoza también tiene su arrabal?

✱

Una carcajada atronadora resonó, desconcertando al aragonés e interrumpiendo la polémica por algunos momentos.

El catalán, que comprendió su victoria, quiso remachar el clavo y con acento de punzante ironía, se apresuró a decir:

—¿Qué arrabal! ¿qué compara usted eso con el *Enchanche* de Barcelona, que *ian* árboles, *chardines* y estatuas *den Prin* y *den Culón* y *den Clavé*?

—¡Otra! ¿por eso? Pus *miusté*, en Zaragoza también tenemos las *estautas* del Dios de las Aguas, que echa agua por los pies con toda su alma, vamos al *icir*, tenemos la

de Piñatelli, que es un mocetón como un trueno, y todo de hierro colado... y las de qué se yo de cuantos señores, tolos grandes, que si usted los viera, se quedaría *espatarráu*. Pero, ¿usted no ha estado nunca en Zaragoza?

—Que yo *sápiga*, no señor, pero me han *dicho* que...

—¡Qué! ¿Qué no es mejor que Barcelona? Calle usted, hombre: ¡si aquella población *paice* un cielo! Aquel Pilar, aquel Café de Ambos Mundos, aquellos *tratos*... y aquel *espital*...

—¡Oh! ¡oh! ¡verá! ¡verá! De todo eso tenemos a Barcelona, y además *yan* el *Liseyu* y *paseyos* como la Rambla y el Parque.

—Y en Zaragoza tenemos el Coso y el de Santa Engracia, que se pierde de vista de puro largo... ¡ah! y *también* tenemos el Parque de Artillería y...

—Hombre a *Saragosa* tienen ustedes de todo.

—¡Otra! ¿pues que pensaba usted? Allí hay de todo como en botica, y si me apura, aún más.

—Más que aragonés, parece usted *andaluso*.

—Pues le *paice* a usted muy mal porque yo soy de *Escañaperros* pa servir a usted.

—*Pa servir a Dios sí*—repuso medio aturrido el catalán ante tanta charla.

✱

Quedó reflexivo rebuscando un algo para dar el golpe de gracia, cuando de pronto, dijo con énfasis de mal cómico:

—¿Y el mar que *ian* a Barcelona?

—El mar, el mar, y ¿*onde* se deja usted el Ebro?

—¿Que va a comparar?

—¿Cómo que no? *Paé* que aún quiera usted *icir* que es más el mar que el Ebro.

—Pues ya lo *creyo*, como que es verdad.

—¡El qué! ¡Que tiene más agua!

—Mil *veces* más; sí, señor. Y si no que lo digan todos.

—Que *han* de *icir*, que *han* de *icir*... Y si lo *icen* que lo *iran*, porque serán catalanes, que sí no...

—Aquí no hay catalanes que valgan. La verdad y solo la verdad se impone—repuso un señor muy grueso, con un genio de perros, porque de los tres asientos que necesitaba

—Yo soy tan aragonés como usted, pero hay cosas que apenas si ocupaba medio. no se discuten.

—Podrá ser tan aragonés como quiera, pero lo que es a mí, ni usted ni naide me hace comulgar con rascas de leche. Miusté que descolgarse ahora con esa...

✱

Y el francote aragonés, de tal suerte y con tales argumentos trataba de defender su creencia, soltando tales desatinos, que todos los pasajeros se dispusieron, comprimidos de la risa, a apoyar la tesis de aquél a fin de que el sainete continuase.

Para esto, los más chucos se dividieron en dos grupos, apoyando uno a cada deliberante.

Sin embargo, la discusión llegó a revestir tan alarmantes caracteres en determinados momentos, que gracias al buen tacto de los "directores" del "cotarro" no hubo que lamentar alguna descalabrada.

Pero como la cosa se prolongaba y agriaba cada vez más, era preciso calmar los ánimos de aquellos dos furibundos patriotas; para ello no encontraron mejor medio que recurrir a la apuesta.

Y apostó el aragonés, puro, cuatro pesetas contra igual cantidad del catalán, conviniéndose en que a la mañana siguiente irían a la comprobación ante el mar, ya que los dos conocían el Ebro.

✱

—¡Bah! no tiene duda—decía uno de los acompañantes, al alborear el día siguiente, con intención encaminada a hacer hablar al aragonés, que extasiado y mudo de asombro, contemplaba la inmensidad del mar—es evidente que este señor...

—¡Bien! ¿y qué?—repuso bruscamente el matracó—. Si ese señor es *vidente*, también yo tengo ojos en la cara y a mí nadie me la da.

—Pero hombre, no se convence usted de que...

—De que el mar es más ancho sí, pero de largo...

—*Sien* *veces* más—repuso el catalán, que empezaba a temer por las cuatro pesetas.

—Sí, señor, cien veces más, tiene mucha razón este hombre.

—Y decir otra cosa, es locura.

—Pues, está claro, y se necesita ser muy terco...

—Eso de terco, lo serás usted, so tío *morcilla*—gritó fuera de sí el aragonés, apretando los puños—y si vuelve usted a ponerme motes, le *santigo* una patada que va a parar allá donde Cristo perdió el chaleco. ¿Oye usted? Y por lo demás, ¿saben lo que les digo?

—¿Qué?

—Que mucha agua hay aquí, pero *¡cuidan* con el Ebro! Y el aragonés, dando media vuelta se alejó murmurando:

—*¡Rididó*, con la genticica esta! Nada, que a la fuerza quieren que uno se trague el mar.

LA REVANCHA

En un vagón del ferrocarril van juntos de viaje tres andaluces y un baturro.

Los tres andaluces, durante todo el trayecto, no cesan de contar proezas y aventuras a cual más disparatadas.

Cansado por fin el baturro de oír tanta mentira, decide tomar parte en la conversación.

—Yo—dice—tengo en casa una burra, que hace poco tiempo parió un pollino.

—¡Eso no pué ser!—dice uno de los andaluces.

—¡Eso es imposible!—responde otro.
—¡Pus amolaros!—responde el baturro—. No paice sino que sus hayais asustado. ¿Pues no mi estao yo aguantando más de una hora sin deciles nada de tantisimas mentiras como echábais?

EN LA ESTACION

—Adiós, sobrinico; ya sabes que si necesitas dineros pues escribime.

—Pus tío, hágase usté el cargo de que ya l'hi he escrito.

—Hate tú también cuenta de que s'ha perdido la carta.

UNA MALA CAIDA

En una reunión de amigos, donde cada uno explica lo que ha visto, dice un baturro:

—Yo he visto caer un pión desde el quinto piso con una vacieta de yeso en las manos y no se hizo nada.

—Paice mentira—observa uno—que cayendo de tanta altura no se hiciese ningún daño.

—¿Quién?—responde el baturro.

—El pión.

—¿El pión? A peazos se hizo... Quien no se hizo nada fué la vacieta.

BATURRO ANDALUZ

Un baturro les cuenta a sus amigos lo siguiente:

—Yo estuve en Barcelona cuando la guerra de Cuba y lo que más me gustó fué el mar y muchos nidos de gurriones en los árboles de paseo, y sobre todo una cadena de hierro que sostenia un barco que el hierro de cada anilla era más gordo que todo mi cuerpo, y un pilar cerca del mar, tan alto, que llegaba a las nubes.

—Rediela—responde uno de los oyentes—. Si hubiás salido de España aunque no fuera más que a Buenos Aires, nos hubiás contaó unas bolas...

Un baturro va a Zaragoza y se fija en unos carteles que hay plantados por las esquinas anunciando un específico. El anuncio viene encabezado con las siguientes palabras: "Cura radical de las enfermedades del estómago."

Al llegar a su pueblo les cuenta a sus amigos todos lo que ha visto.

—Pa que sus hagais cargo de si había cosas en Zaragoza, no sus diré más sino que hasta hay curas radicales.

Las Grandes Batallas — de la Historia —

Relato completo de los principales hechos de armas de todos los tiempos, con enumeración de las : : : causas y consecuencias de los mismos : : :

TÍTULOS PUBLICADOS

La batalla de Sedán.—La batalla de Sadowa.—La rendición de Italia.—La batalla de Mukden.

Se publica un cuaderno semanal

Precio del cuaderno: 25 cts.

CRÍMENES CÉLEBRES

Relatos novelescos de los más famosos crímenes de todos los tiempos, de todas las esferas, de todos los países.

TÍTULOS DE LOS ONCE PRIMEROS CUADERNOS

I. El huerto del Francés.—II. El destripador de mujeres.—III. Pranzini, el chulo asesino.—IV. Fualdés, la víctima de su familia.—V. El correo de Lyon.—VI. Troppman, la Fiera Humana.—VII. Cintabelde, el asesino salvaje.—VIII. Los hermanos asesinos.—IX. El automóvil fantasma.—X. La secuestradora de niños.—XI. La víctima de su hermosura.

Precio: 20 cts. cuaderno